

# *TRES-X*

# *INFINITO*

*RAY BRADBURY*



**GALAXIA**  
Ciencia-Ficción

En este libro vienen las siguientes novelas cortas:

Tres por infinito de Leigh Brackett y Ray Bradbury.

Hacia las estrellas de Edmond Hamilton.

# TRES POR INFINITO

Ray Bradbury y Leigh Brackett

# Capítulo I

Los aparatos de la compañía eran buenos. Eran muy buenos. Pero en esta ocasión Hugh Starke empezaba a pensar que tal vez no podría salirse adelante con él.

Su cuerpo relativamente pequeño pero fornido y bien constituido se inclinó sobre el cuadro de mandos y lanzó a fondo los motores del Kallman. La tibia noche celeste de Venus rodeaba cuanto se alzaba a la vista, tiñéndolo todo con sus velos de color índigo. Starke no estaba muy seguro ya de dónde se hallaba. Venus era un planeta fronterizo, y más que nada una gran incógnita, excepto para los venusianos, quienes no emitían a los otros planetas ningún mapa de su situación y principales accidentes de su territorio. Starke sabía que se estaba acercando demasiado y de un modo peligroso a las Montañas de la Blanca Nube. Era la parte más elevada de este planeta, que se erguía hacia la estratosfera, y con gran atracción magnética, ésta con un radio de acción que se extendía hasta Dios sabe dónde.

Pero todo parecía indicar que estaba alejado ya de las montañas, o al menos volando a gran distancia por encima de ellas.

Ocurriera lo que ocurriera, él se había lanzado al espacio con el mayor y más potente aparato que hasta el momento hubiera conocido la historia. Pilotaba un aparato que estaba valorado en un millón de dólares. Apretó con fuerza los mandos que se hallaban bajo sus pies y cerró la boca haciendo entrechocar los dientes en un signo de or-

gullo y valor. Pasaría mucho tiempo antes de que nadie igualara esto.

Los indicadores de masa empezaron a agitarse con fuerza. De pronto y mostrándose al principio como una forma vaga, las Montañas de la Blanca Nube aparecieron ante él como un muro infranqueable. Starke verificó la posición de las naves espaciales que de pronto se dio cuenta que le perseguían. No había medio de alejarse de ellas. Al fin dijo con decisión:

—¡Como queráis, condenados! —y lanzó el Kallman hacia el espeso cielo azul.

Cuando volvió en sí, no tenía recuerdos muy claros de lo que había sucedido. Incontrolables fuerzas magnéticas que siempre resultaban ser un azar en Venus, habían falseado totalmente las indicaciones de sus aparatos de control. Se vio impulsado por una fuerza extraña hacia un lugar indeterminado, y de pronto se dio cuenta de que estaba solo, con un millón de dólares como toda pertenencia, pero solo en el espacio.

Allá abajo, en la oscuridad virginal, vio a su través un tenue reflejo, como si alguien hubiese dado a aquel lugar una pincelada que más bien parecía de sangre. El Kallman se lanzaba en picado hacia allí. El cuadro de control lanzaba chispas y pequeñas llamas azules, los turborreactores estaban ardiendo y luego no quedó más que el silbido del aparato en su precipitada caída por el espacio.

Hugh Starke lo abandonó todo, se sentó y esperó los acontecimientos que se desarrollarían poco más tarde...

Antes de abrir los ojos, tuvo la impresión de que estaba muriendo. No sentía ningún dolor, no sentía nada, pero sabía que aquella impresión era cierta. Se sentía como si hubiera perdido una parte de sí mismo. Tenía la conciencia de que existía, pero como si su existencia se desarrollase todavía en el espacio.

Abrió los párpados. Había un techo. Un techo que se extendía por todos lados y bastante alto. Era de piedra ne-

gra con vetas serpenteantes de color rojo y ámbar. No recordaba haberlo visto nunca con anterioridad.

Cerró los ojos nuevamente, los apretó e hizo un gesto con la cabeza que más bien pareció de alivio. Llevaba barba de varios días. Con los ojos entreabiertos vio que yacía en un lecho alto y bien provisto de sedas y pieles curtidas. Su cuerpo estaba cubierto. Casi se alegró de no poderlo ver. Le parecía que en aquellos momentos, no era lo más importante ver un cuerpo que ya nunca podría valerse por sí mismo, y que al fin y al cabo no había sido de lo más bien hecho. Pero estaba acostumbrado a él, y no quería verlo ahora, porque sabía que no lo vería del mismo modo que otras veces.

Dirigió su vista hacia los pies de la cama y vio una mujer.

Estaba vigilándole desde una silla en cuyos brazos y respaldo se habían esculpido figuras o tal vez pasajes de hechos célebres, y vestía una túnica de piel blanca como un copo de nieve. Ella sonrió y dejó que él la mirara sin decirle nada. El pulso de Starke empezó a latir desacompañadamente pero con debilidad.

Era alta y bien proporcionada, y las curvas de su cuerpo eran casi insolentes. Vestía aquella túnica blanca que estaba sujeta a su cuerpo por una guirnalda de piedras preciosas, formando todo su adorno. Su cara era alargada, con facciones muy finas que denotaban dificultad para penetrar en sus pensamientos, y al mismo tiempo tenían vivacidad y alegría. Sus labios, sus ojos, y sus sedosos cabellos que flotaban al aire, tenían la pálida serenidad de un agua marina.

Su piel era blanca, sin ningún tinte rosáceo. Sus hombros, sus brazos, la curva amplia de sus caderas, el nacimiento de su erguido pecho, estaban salpicados de pequeñas partículas que brillaban como polvo diamantino. Se movía lánguidamente bajo su túnica nevada, como si de un hada se tratase. Una criatura con reflejos de plata, limpia y clara como las aguas de nieve.

Sus ojos no se separaban de los de Starke, y no eran humanos, pero sin embargo él sabía que hubieran hecho impacto si él hubiera sido capaz de sentir algo en su cuerpo.

Hugh quiso decir algo, pero no tenía fuerza ni para mover la lengua. La mujer se inclinó hacia delante, y como si su gesto hubiera sido una orden, cuatro hombres salieron de entre las sombras que cubrían el muro. Eran como ella. Tenían los ojos extraños como los de la mujer.

Ella dijo en el líquido lenguaje venusiano:

—Tu cuerpo está muriendo. Pero tú no morirás. Ahora dormirás y te despertarás en un cuerpo extraño y en lugar desconocido. No tengas miedo. Mi espíritu estará con el tuyo y te guiará, no temas. No hay tiempo para que te pueda explicar, pero no tengas miedo.

Los ojos de la mujer parecían verter una fuerza invencible que se apoderaba poco a poco de su voluntad y su cerebro. Parecían dos ríos deslizándose a través de los canales de sus propias bóvedas oculares y cuyos efluvios se extendían sobre la torturada superficie de su cerebro. El cerebro quedó relajado. Parecía que estuviese flotando sobre el agua, para luego las dos corrientes convertirse en una sola, amplia y arrolladora, que se apoderaba de su espíritu, o el yo, y hacían que ése se desvaneciera hasta llegar a perder la noción de vida.

Tardó mucho, mucho tiempo en recobrar el conocimiento. Le daba la impresión de que le hubieran amasado y amazotado todo su cuerpo y sus miembros uno a uno. Algo en su profundo ser le decía que desde el primer momento que despertara y abriera los ojos, se tendría que arrepentir de haberlo hecho. Lo tomó con calma y luchó por hacerse a la idea.

Recordaba su nombre, Hugh Starke. Recordaba las celdas de la Luna donde en cierta ocasión estuvo a punto de morir. Nada tenían que envidiar estos momentos a aquellos otros.

Lo demás llegó rápidamente. El trabajo en las exploraciones terrestre-venusianas, el intento de escapada que no lo fue, las Montañas de la Blanca Nube. Y luego el colapso contra aquel mundo desconocido...

La mujer.

Ahora recordaba... Su cerebro saltó de momento en ideas más claras. Luz, claridad, presentimiento de existencia, una sensación desnuda de realidad que se extendía sobre él. Se encontraba perfectamente con los ojos cerrados, y su imaginación no podía apartarse ni un momento de la imagen de aquella mujer resplandeciente de pelo color verde mar y el sonido de aquella voz que decía:

—No morirás; cuando despiertes te hallarás en un cuerpo extraño, no temas...

Abrió los ojos cautelosamente.

Vio un cuerpo que yacía a su lado sobre un montón de paja sucia. Era el suyo; se dio cuenta, porque podía apreciar las punzadas que la paja le inferían.

Era un cuerpo poderoso, bien batido y lleno de músculos casi excesivamente desarrollados, mucho mayor que el que había tenido anteriormente. A todas luces aquel cuerpo no había sufrido nunca la miseria del hambre durante los veintitantos años de su vida. Estaba completamente desnudo. El clima y la violencia había escrito su historia sobre él, como lo revelaban las señales y cicatrices que se extendían aquí y allá, pero ningún miembro le faltaba. Tenía vello negro y fuerte sobre el pecho, las piernas y los brazos, y sus manos tenían el aspecto pecaminoso de estar siempre prestas para matar.

Era un cuerpo humano. Ya era algo. Había tantas otras cosas y cuerpos en que se podía haber convertido y que no hubieran sido designados como humanos, en la nueva concepción racial.

Starke cerró los ojos nuevamente.

Los labios, que ya no eran los labios de Starke, se estrecharon en una ligera y cruel sonrisa. Había estado durante



seis meses en las criptas solitarias de la Luna. Si un hombre podía resistir aquello y salir de allí sano y por su propio pie, podía resistirlo todo. Hasta esto.

Se le ocurrió pensar entonces que tal vez la mujer y los cuatro compañeros habían Evitado el *shock* y la primera impresión postoperatoria por medio de sugestión hipnótica. Su subconsciente comprendió y aceptó el cambio. Sólo la imaginación se resistía a la idea.

Hugh Starke imprecó a la mujer y sus compañeros en siete lenguas y otros dialectos extraños. Estaba en un principio encolerizado al pensar que unos extraños pudiesen jugar con él de aquel modo, pero luego pensó: ¡Qué demonios, estoy vivo y, al parecer, el cambio que me han hecho no me ha ido tan mal!

Abrió los ojos de nuevo, poco a poco, como si temiese descubrir su nuevo mundo.

Se hallaba en uno de los extremos de una habitación de piedra, con dos líneas rectas de pilares de madera, cortados de algún bosque venusiano. Había bancos y mesas. Algunas hogueras habían estado ardiendo aquí y allá sobre lares de piedra, en el espacio que mediaba entre los pilares. El humo que se alzaba había escondido o al menos confundía, una parte de la plata y bronce que colgaba de los aparadores que pendían de los muros, y al mismo tiempo, ensombrecía el fulgor de las espadas y las afiladas hojas que se extendían por doquier mezcladas entre trofeos.

Todo estaba muy tranquilo. En el exterior, en un lugar todavía impreciso, se llevaba a cabo una pelea o escaramuza. Aparentemente era una lucha tenaz y pesada, pero aquel ruido no llegaba a matar el silencio. Al contrario lo hacía todavía más profundo.

En la habitación había dos hombres, junto a Starke.

Estaban muy cerca de él. Uno de ellos sentado en una silla alta, inmóvil, con sus grandes manos apoyadas sobre la mesa que había frente a él. El otro estaba acurrucado en el suelo. Tenía la cabeza inclinada hacia delante, de tal modo

que un mechón de pelo blanquecino escondía su cabeza. Era un hombre pequeño, de aspecto sonrosado. Starke se volvió de nuevo hacia el hombre que estaba sobre la silla.

El hombre habló en voz baja:

—¿Por qué no dice nada ella?

El que estaba acurrucado en el suelo y tenía un arpa entre sus piernas, dejó escapar un agudo y amargo sonido de la misma como toda contestación. Eso fue todo.

Starke apenas se daba cuenta de nada. Toda su atención se dirigía hacia el que había hablado. Su corazón se sobresaltó. Sus músculos se pusieron tensos y prestos a cualquier cosa. Tenía en su boca un sabor amargo. Lo reconoció. Era el sabor del odio.

Hasta aquel momento no había visto en su vida a aquel hombre, pero sus manos parecían aprestarse a matar.

Era un hombre enorme de casi siete pies de altura y con músculos como un centauro, pero su cuerpo desnudo por encima de su cinturón de cuero, daba la impresión de ser ágil y rápido en sus movimientos a pesar de su peso. Tenía el rostro cuadrado, donde se apreciaba perfectamente la contextura de sus huesos, y era joven. Era un rostro que en otra época había sido amante del vino, de las risas y de las muchachas bonitas. Pero ahora, había olvidado ya todo aquello, excepto el vino tal vez. Era un algo rígido y cruel lo que su rostro reflejaba, y parecía alguien que siempre hubiera estado en una jaula. Starke había visto este rostro antes en las celdas de la Luna. Tenía una cicatriz blanca que atravesaba su frente. Bajo la frente, los ojos azules estaban hundidos en sus cuencas y oscuros tras sus párpados medio cerrados. Era ciego.

Fuera en la distancia los hombres chillaban desafortunadamente y morían.

Starke fue dándose cuenta de un dolor que cada vez se hacía más insistente en su cuello. Levantó la mano con mucho cuidado de no remover la paja. Sus dedos encontraron

un apretado nudo, lo siguió con sus dedos y llegó a tocar una pesada venda metálica.

El nuevo cuerpo de Starke llevaba collar como un perro caprichoso o peligroso.

Había una cadena atada al cuello. No podía encontrar el lugar por donde lo habían atado. Lo habían llevado a cabo con todo cuidado.

Su cuerpo no parecía haber caído en gracia allí.

Tenía el cuello aprisionado.

La sangre empezó a correr por la cabeza de Starke. Ya había llevado cadenas antes, por lo que se desprendía de todo aquello. Y no le gustaban. Y menos todavía alrededor del cuello.

## Capítulo II

Una puerta se abrió de pronto en el otro extremo de la habitación. Una luz rojiza se extendió por el suelo negro y entró un hombre. Era grande, medio desnudo, rubio y manchado de sangre. Arrastraba la larga espada que sujetaba con una mano. Su pecho estaba abierto por una herida que dejaba ver el hueso y que él cerraba con su mano libre.

—Un mensaje de Beudag —dijo—. Nos han hecho retroceder hasta la ciudad, pero por el momento los mantenemos y nos hacemos fuertes en las puertas de la misma.

Nadie habló. El hombre pequeño movió en señal de asentimiento su blanca cabeza. El guerrero de hendido pecho dio media vuelta y salió de nuevo cerrando tras él la puerta.

Un cambio repentino y muy peculiar se operó en Starke al oír mencionar el nombre de Beudag. Nunca lo había oído anteriormente, pero quedó grabado en su imaginación como algo peculiar, algo que le embargaba de emoción. No podía identificar la clase de sentimiento que le proporcionaba, pero lo cierto era que le había hecho olvidar al hombre ciego. El odio que momentos antes había sentido se enfrió. Starke quedó relajado en una especie de tranquilidad relajada, helada, que le hacía sentir el sopor de una serpiente cobra en plena digestión. No preguntó nada. Se limitó a esperar a Beudag.

El hombre ciego golpeó con la mano sobre la mesa y se levantó.

—¡Romna —gritó— dame mi espada!

El hombre pequeño le miró. Tenía los ojos lechosos y un rostro que recordaba al bulldog guardián. Al fin respondió:

—No seas loco Faolan.

Faolan respondió a esto dejando resbalar las palabras entre sus dientes:

—Maldito seas... dame mi espada.

Los hombres morían al otro lado de la habitación y no morían en silencio. La piel de Faolan estaba llena de sudor, un sudor de ansiedad que corría por todo su cuerpo. De pronto hizo un movimiento brusco hacia Romna.

El hombre pequeño se dirigió hacia él. Había lágrimas en sus ojos pálidos. Dijo con rudeza:

—No podrás hacer nada. Siéntate.

—Ya encontraré el medio de hacer servir mi espada —respondió Faolan.

La voz de Romna se elevó hasta el punto de ser más que un grito un chillido y ordenó:

—¡Cállate de una vez y siéntate!

Faolan se asió al borde de la mesa y se inclinó sobre ella. Temblaba y cerraba todavía más las cuencas de los ojos, y sin embargo, las tibias lágrimas escapaban rodando por sus párpados. Su acompañante se volvió e hizo vibrar el arpa hasta que sus cuerdas dejaron oír un estridente chillido.

Faolan respiró profundamente. Fue recuperándose lentamente dando vueltas alrededor de su silla alta, y después se dirigió hacia Starke.

—Estás muy tranquilo, Conan —dijo—. ¿Qué es lo que ocurre? Deberías estar contento, Conan. Deberías reírte y hacer sonar como cascabeles los anillos de tu cadena. Vas a tener lo que querías. ¿O acaso estás triste porque ya no tienes imaginación ni inteligencia para comprender lo que ocurre?

Se detuvo y fue palpando con la sandalia que cubría su pie hasta que encontró el muslo de Starke. Starke se mo-

vió.

—Conan —continuó el ciego, oprimiendo el vientre de Starke con su pie—. Conan el perro, el traidor, el carnicero, el del cuchillo en la espalda. ¿Te acuerdas de lo que le hiciste a Falga, Conan? No, ahora no te acuerdas. He sido un poco brusco contigo y ahora ya no te acuerdas. Pero yo lo recuerdo, yo sí que lo recuerdo. Mientras viva en la oscuridad lo recordaré.

Romna hizo vibrar nuevamente las cuerdas del arpa y éstas lanzaron al aire sonidos que eran más bien lágrimas vivas en memoria de los hombres fuertes y valientes muertos a traición. Faolan comenzó a temblar y todos los músculos de su cuerpo quedaron tensos. Los trazos de su rostro parecían haber adquirido forma del mismo modo que el acero la adquiere bajo los efectos constantes del martillo que lo golpea: como fulminado en lo más íntimo de su ser, cayó de rodillas. Sus manos tocaron con nerviosismo los hombros de Starke, fueron resbalando hasta juntarse en la garganta de Starke y allí apretaron con todas sus fuerzas.

Fuera, el sonido de la lucha parecía morir en la distancia para Starke.

De pronto éste se movió con rapidez. Como si la hubiera visto anteriormente y hubiera sabido el lugar exacto donde se encontraba, su mano se abalanzó sobre la pesada cadena y la ondeó en el aire.

Parecía que iba a ser un golpe mortal. Starke deseaba con todo su corazón hacer saltar en dos trozos la cabeza de Faolan. Al segundo intento consiguió alcanzar a Faolan en la parte posterior de la cabeza. Este profirió un agudo quejido y cayó de un lado al mismo tiempo que Romna se levantaba. Había dejado caer el arpa y sacó un cuchillo. Sus ojos refulgían de ira.

Starke se hizo a un lado. Después se fue hacia atrás ondeando la cadena de un modo temible. Su nuevo cuerpo se movía con agilidad felina. En su exterior todo iba bien, pero en el interior de su cuerpo, las sensaciones neuróticas

y las reacciones parecían haber estallado en una verdadera guerra civil. Estaba malhumorado consigo mismo por no haber matado a Faolan y también lo estaba por haber perdido el control y haber querido matar a un hombre sin razón suficiente. Odiaba a Faolan y al mismo tiempo no le odiaba, porque algo en su interior le decía que no podía hacerlo, puesto que no le conocía suficientemente. El cerebro calculador, lógico e impasible de Starke, contrastaba con una serie de reacciones emocionales sin fundamento.

No se había dado cuenta de que sus actos no tenían fundamento, hasta que su mente acostumbrada durante muchos años al más estricto control le impidió llegar a matar. De pronto recordó la voz de la mujer que decía:

—Mi mente estará contigo, ella te guiará...

—Detente —gritó desesperado—. ¡No sigas, detente...!

Por un Instante la vio de nuevo inclinada hacia delante, con su cabello que reposaba sedoso sobre sus maravillosos hombros. Sus ojos no podían ocultar un brillo burlesco y de provocativa admiración. Starke la oyó decir:

—Quizás no tengas otra oportunidad Hugh Starke. Ellos conocen a Conan aunque tú no le conozcas. Además, no tiene mucha Importancia que así sea. El fin será el mismo para todos ellos, no es más que una cuestión de tiempo. Tú puedes salvar tu nuevo cuerpo o no, como quieras —después sonrió—. Me gustaría que lo hicieras. Es un bello cuerpo. Lo conocí antes de que la mente de Conan desapareciera y dejara el cuerpo vacío.

Un súbito pensamiento ocupó la mente de Starke:

—Mi aparato, con el millón de dólares que se me tenían confiados.

—Ve a buscarlos —respondió ella, al mismo tiempo que desaparecía. Cuando ella ya no estaba allí, la mente de Starke estaba limpia sin nada ni ningún pensamiento extraño que la enturbiase. Faolan seguía tendido en el suelo sujetándose la cabeza con ambas manos. Después dijo:

—¿Quién hablaba?